# LA ACCIÓN OBRERA

PORTE PAGO — PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO — PORTE PAGO

AÑO IX. — NÚMERO 337
Buenos Aires, Junio 20 de 1914

APARECE LOS SABADOS
DIRECCIÓN: ALSINA 2880, Depto. 18.

SUSCRIPCIÓN MENSUAL
República Argentina ................ $ 0.50 m/n.
Exterior..... .. ...................... $ 0.25 oro.

## Por la Concentración y contra los malos pastores

La situación general de los sindicatos del país, no puede considerarse muy lisonjera. Salvo contadas excepciones, los gremios no ofrecen grandes núcleos de obreros organizados, pues la crisis y otros factores complejos, causa del fenómeno, han contribuído a diezmarlos. La estructura sindical, en ocasiones, se conserva en algunos puntos merced a la indestructible convicción y energía que reside en ciertas almas que han hecho una idealidad superior de la propaganda del sindicalismo; y, tal vez, la exclusiva preocupación de su existencia. A éstos se debe en gran parte, el que una obstinada represión burguesa, y una propaganda insidiosa y de descrédito, no haya podido impresionar profundamente al sentimiento proletario, y que la organización, si bien disminuída en el número, haya logrado conservar su inspiración revolucionaria, a través de muy adversas circunstancias y momentos.

Estos accidentes, de índole eventual que han molestado el crecimiento de la acción obrera, deteniéndola, y hasta regresándola; y que han modificado sensiblemente muchos aspectos de la propaganda, merecen un especial interés, una atención inteligente, al objeto de esclarecerlos, de parte de los trabajadores organizados.

Un hecho, sobre todo, es de señalar: El éxito parcial de la opresión gubernativa no es más que el fruto natural de la disociación de los esfuerzos, del estado de aislamiento o impreparación en que ha venido debatiéndose el proletariado regional en los últimos años. No existe la menor duda de que si la unificación, buena inteligencia o concentración de los sindicatos del país hubiera podido presentar en toda su extensión sólidas y compactas organizaciones, desarrollando hábil y enérgicamente un plan de defensa o de ataque, ideado y actuado de acuerdo con los recursos disponibles, y el estado de ánimo colectivo, en las actuales circunstancias el proletariado contemplaría lleno de satisfacción merecida una obra auguradora de mayores y más decisivos triunfos.

Es indudable que las discusiones doctrinarias, que enmascaran reales y efectivos intereses de grupo sin idealidad superior alguna, han contribuído y contribuyen enormemente a dificultar la enorme tarea de la concordia obrera.

Pero estos obstáculos tienen que ceder a su tiempo, fatal e inevitablemente. A aproximar este momento feliz para el porvenir de la causa proletaria, deben converger los esfuerzos bien intencionados. Hay que insistir en que la unidad material y orgánica de la clase tienda a realizarse en la forma adecuada a las circunstancias, a las posibilidades de realización que existan.

Es necesario orientar la obra en ese sentido. Si no fusión, sea a lo menos concentración, que significa acrecentamiento de fuerzas, y promesa de triunfos. Es artificiosa la afirmación que se hace de que siempre el principio y el sentimiento de la solidaridad, aunque disperso y fragmentario, ha surgido en la hora necesaria del peligro común, para expresarse espontáneamente. La verdad es distinta e ingrata: nunca la acción del proletariado pudo alcanzar la plenitud de su esfuerzo debido a divergencias insuperables que hicieron fracasar la necesaria unidad de la acción requerida por las circunstancias.

Se impone la construcción material de la clase en el vínculo confederativo, que es el único capaz de fomentar el sentimiento de solidaridad y colaboración revolucionaria, inspirándose en el convencimiento de una inevitable unidad, que debe ser alcanzada en una etapa de su desarrollo como clase revolucionaria. El proletariado debe interesarse en apresurarla, cooperando inteligentemente a facilitar su cumplimiento, desalojando todos los obstáculos morales y materiales, que se erigen natural o artificialmente en su camino.

Y no hay que olvidarlo: el estado de quebrantamiento que nos aqueja, es fruto de la intemperancia y de la intransigencia de ciertos individuos prevalecientes en el proletariado, que van por fortuna perdiendo gradual pero seguramente todo prestigio. Son falsos servidores de la causa obrera, cuyas convicciones no tienen sensatez ni lógica alguna, y, que con un desmentido concepto de su personalidad, se oponen a la concordia, desviando a la masa, que se inspira claramente en sus intereses efectivos y que sellaría para siempre en un abrazo fraternal todo el pasado de distanciamiento.

## Semana inglesa sospechosa

Hoy está a la orden del día en el proletariado internacional el período de trabajo llamado «semana inglesa»; parece ser que esta denominación sólo obedece al hábito de los obreros ingleses de cesar sus labores semanales al medio día del sábado, sea cual fuera la jornada diaria; que en Inglaterra, como en casi todos los países, no está aún uniformada para todo el proletariado en general.

Pero la causa de que en todas partes planteen este asunto los obreros, está bien precisado, y ella es la disminución de la suma de horas que se trabajan durante la semana. Así, por ejemplo, en Francia, que por lo general es de cincuenta y cuatro, introduciéndose el modo inglés queda reducida a cuarenta y nueve horas y media; no obstante existir en Inglaterra gremios que, sin contar el medio día no trabajado del sábado, suman su trabajo sumanal en cincuenta y dos horas.

Aquí, en Buenos Aires, los gremios más batalladores, agitan también esta iniciativa desde hace algún tiempo, principalmente con el laudable propósito de aminorar los terribles efectos de la crisis en que, por el desorden en la producción y las especulaciones que son las características del capitalismo, las clases privilegiadas han acarreado a la economía argentina, que viene a agregarse a la honda perturbación que ya sufría en el orden universal.

Nuestro proletariado no puede esperar de esa iniciativa más que felices resultados. Ella será llevada al terreno de los hechos, indudablemente, por aquellas gremios en los cuales el espíritu de clase es más perfecto y depurado de taras sectarias, llevando un severo aleccionamiento a otros que se debaten en la impotencia bajo el peso espiritual de arraigados prejuicios, a los que suelen llamar filosóficos algunos y otros científicos o políticos.

Todos los obreros sabemos los sacrificios que cuesta la consecución de una conquista cualquiera para el mejoramiento de nuestras condiciones materiales, siempre harto ruines por cierto; y de esto se infiere lo arduo del empeño que han de acometer los pioners de la semana inglesa entre nosotros y los enormes obstáculos a vencer que ha de oponerles el patronato con la tenacidad de siempre.

Sin embargo, es duro consignarlo, pero en este momento una rama del mismo proletariado amenaza poner estorbos a la conquista de la semana inglesa, como ella debe entenderse rectamente. Nos referimos al gremio gráfico y la llamamos amenaza en el supuesto de que su sindicato aprobara un proyecto de petición a sus patrones formulado por una comisión «ad-hoc» que, con objeto de presentar a la asamblea gremial proposiciones respecto a un convenio entre los obreros gráficos y sus explotadores inmediatos, fué nombrada «directamente» por su mesa administrativa.

Puntualizamos exprofeso este modo irregular de designación de comisiones, que jamás puede ser autorizado en un sindicato gremial seriamente constituído; pero aun más en este caso particular, en que por sus resultados se evidencia que había un designo anticipado de parte de sus dirigentes para que así se efectuara, apoyándose en la indolencia habitual de los miembros de este sindicato, que hace posibles y fáciles todas las sorpresas, y los procedimientos viciosos.

Esta comisión especial, entre otras proposiciones, que no interesan directamente a la clase, presentó una que debe llamarnos la atención por el mal precedente que sentaría en caso de ser aceptada. Ella es una semana inglesa «sui-generis», que no trae ninguna resta a la suma de horas de trabajo semanales, sino un aumento en la jornada diaria que compense al patrón por las que no se trabajen el día sábado. ¿Qué beneficio reportaría esto al gremio? nos preguntamos maravillados de la peregrina proposición; porque la que los interesados adujeron es enteramente infantil y no puede tenerse en cuenta, cual es la de que en el futuro será fácil al gremio obligar al patronato a restar de la jornada diaria lo que hoy oficiosamente se les conceda. Por el contrario, la facilidad, en todo caso, estaría de la parte patronal para obligar al trabajo de todo el sábado sin substraer la agregación de tiempo hecha en en los otros días, pues esto les estaría indicado por la pasividad de unos obreros que tan dócilmente se prestaran hoy a alargar la jornada de ocho horas tan arduamente conseguida.

Todo esto no puede concebirse sino dentro de un propósito condenable de perjudicar a la clase trabajadora, y no podemos menos de llamar la atención del gremio gráfico sobre tan sospechosa proposición. Este sufre, como todos, una grave crisis de desocupación, y todo lo que en su favor se le ocurre a la comisión administrativa del sindicato de gráficos en su favor, es alargar la jornada en aquellos días en los cuales, precisamennte, los patrones tienen más necesidad de fuerza de trabajo, de lo cual se infiere que en vez de disminuir, habría una probabilidad de aumento artificial de desocupados.

En estos términos es como está planteado el problema de esta especiosa semana inglesa que la asamblea de la Federación G. Bonaerense debe solucionar en la próxima asamblea a que ha de ser convocada, y esperamos tenga en ella cordura y no se deje inducir al mal camino.

Quisiéramos terminar, pero la gravedad del caso requiere que expongamos todo nuestro pensamiento sobre las ulterioridades que una mala adopción en este punto pudiera determinar. No miramos la organización de los sindicatos obreros desde ningún punto de vista tendencioso ajeno a la clase obrera — en esto precisamente nos distinguimos los sindicalistas, — y aunque sabemos que la Federación G. Bonaerense, en la actualidad, no está exenta de los manoseos políticos de quienes inspiran las acciones de sus dirigentes, sólo lo atribuímos a la indolencia que hoy abate la masa de sus asociados, y tenemos la más completa seguridad de que ella no será eterna, y nos interesamos en que ese sindicato permanezca y adquiera fuerzas; pero si ante un grave error — no queremos llamarlo de otro modo, — como al que en este instante está avocado, optara por mantenerlo, su derrumbe sería inevitable; pues consideramos que no sólo el gremio, sino gran parte de sus propios afiliados, condenarían una institución que tan poco en cuenta tuviera los intereses genuinos de la clase y de su gremio.

No creemos que los propósitos de la comisión administrativa del sindicato (*), aun cuando éste los aprobara, llegaran a realizarse, porque el gremio los resistiría en los talleres, pero de esto sobrevendría una mayor división en aquél y una nueva causa de desorganización, lo que sería una acción sindical diametralmente opuesta a su natural esencia.

Y pensamos que el gremio procedería de aquel modo, porque su propio instinto le indicaría que al someterse a esta resolución que tratamos, traicionaría a la clase orbera; la traicionaría en la jornada que tiene conquistada y la traicionaría en la que tiene el deber de conquistar.

(*) Decimos la comisión administrativa, porque ella designó directamente a los miembros de la comisión ad-hoc, y es natural que ellos respondieran a sus inspiraciones, o vice-versa, lo que es igual.

## La autoridad de competencia La autoridad de mando

Cuando los políticos socialistas y no socialistas se «dignan» discutir la concepción sindicalista, la deforman y muestran no comprenderla. Su crítica consiste en repetir que el sindicalismo es equivalente a tiranía y a absolutismo.

Será siempre difícil a los políticos comprender la diferencia que hay entre la autoridad de competencia y la autoridad de mando. La democracia — por lo que enseña la práctica — no es más que un colosal escamoteo, puesto que hombres sin competencia han usurpado la autoridad de mando adulando a las masas. La política democrática ha sido uno de los reemplazantes, un sustituto moderno de la religión. Toda la prosa de los «Derechos del Hombre» es una teología tan obscura como la teología católica y favorece maravillosamente el reinado de los charlatanes. De noche todos los gatos son pardos.

Se hace creer al buen pueblo que es libre. Prueba. Es que vota; y de los votos se desprende la «voluntad general». Los electos no tienen más que obedecer. Mandato imperativo! Que elástico es ese mandato! El pueblo no entiende ni jota de esa metafísica política y es muy fácil hacerle creer cualquier cosa, encabezando siempre toda manifestación con las grandes palabras de siempre: Justicia, Verdad, Progreso, Solidaridad, Fraternidad. ¿Cómo controlará? Debe tener confianza en sus elegidos. ¿Qué no comprende de lo que se trata? Mejor. ¡Ha de ser algo muy hermoso y profundo!...

El socialismo ha hecho política y es por eso que muere. Tiene una teología tan obscura como cualquier otra teología religiosa, con una casuística tan sutil como la de los jesuitas. Y ha sido necesario que el pueblo obrero se entregara a las sutilezas de politiqueros, metafísicos y retóricos, para que comprendiera el alcance de esa acción democrática.

Y ahora los sindicalistas le hablan de un modo simple y claro sobre cosas que conoce muy bien.

La lucha de clases deja de ser una abstracción, el socialismo comienza a ser una «acción». No había sido más que una ideología. La agrupación sindical corresponde a una realidad económica profunda. En ella no hay como en la agrupación política simples afinidades intelectuales y el acuerdo frágil de un «credo» obscuro». Hay afinidades positivas, que reposan sobre intereses comunes muy tangibles. La separación entre intelectuales y manuales, entre educadores y educados, entre dirigentes y dirigidos, desaparece. En el sindicato obrero hay camaradas que se imponen por su competencia y que, sin ejercer autoridad de mando, tan sólo por el prestigio moral ejercido a propósito de cosas claras e inteligibles para todos, llegan a propagar la onda revolucionaria y a impulsar a la masa obrera. Esa es la tiranía sindical!

E. BERTH.

## En vísperas del Congreso de Concentración

### DESOCUPACIÓN Y CARESTIA DE LA VIDA

¿Que medios debe adoptar la clase trabajadora frente a la creciente desocupación y encarecimiento de la vida.?
*Herreros de obras y anexos*

Este problema de palpitante y dolorosa actualidad que plantea el sindicato de Herreros de la capital al próximo congreso confederal, es digno de ser estudiado concienzudamente por los delegados obreros, puesto que de su exacta interpretación depende la orientación de la acción práctica.

El fenómeno de la carestía y desocupación es embrollado intencionalmente por economistas y políticos — ambos al servicio del capitalismo — con el propósito inconfesado pero evidente de extraviar la acción obrera; y contra esa obra sofística, el congreso confederal puede ser de gran utilidad, si al estudiar este problema, se libra de los sofismas monetarios y aduaneros para indicar a los trabajadores la causa real de ese fenómeno, que no es otra que el régimen de producción capitalista, y precisa con claridad la importancia que, para la atenuación de los efectos dolorosos del flagelo, tiene la intensificación de la acción sindical.

Pretende explicar el fenómeno de la carestía, por la mayor productividad de oro como sostienen muchos economistas y últimamente el Dr. Justo, entre nosotros, en el informe que sobre este asunto presenta al próximo congreso socialista internacional que debe efectuarse en Viena, nos parece que es incurrir en una lamentable confusión, que Marx puso de manifiesto en su Crítica de la Economía Poltica, al censurar la teoría de James Mill y J. B. Say sobre el pretendido equilibrio de las compras y las ventas.

Aquiles Loria, poco tiempo ha, hablando de la carestía, en un artículo publicado en «La Stampa», de Turin, intentaba explicárnosla diciendo que el 1890 se había producido oro por valor de 616 millones de francos, mientras que diez y ocho años más tarde, 1908, esa producción se elevó a 2354 millones de francos, lo que significa un aumento del 216 por ciento.

La superficialidad de esta explicación monetaria es fácil de demostrar. Si ella fuera exacta, en vez de carestía propiamente dicha, tendríamos una simple alteración de términos. Lo que en un tiempo ha valido 2 perdiendo el oro, por ejemplo, la mitad de su valor, hoy valdría 4. Y como los salarios — igual que cualquier otra mercancía, están supeditados a idénticas leyes económicas, en este caso tendrían que haber experimentado una elevación igual a la que han tenido los artículos de consumo.

Además, la desvalorización del oro está lejos de ser una verdad demostrada, como lo comprueba el aumento de la tasa de interés y la desvalorización de los títulos públicos.

En cambio, si la explicación de los economistas oficiales fuera exacta, el interés de los capitales tendrían que haber experimentado un descenso, los títulos debían haber aumentado; en una palabra, el dinero debiera abundar y es precisamente todo lo contrario lo que sucede.

Pero la explicación monetaria es a todas luces falsa e insuficiente. Los economistas comprenden perfectamente la puerilidad de esa explicación, más como a ellos no les guía un fin desinteresado, sino todo lo contrario, recurren a esa explicación para justificar la actitud de sus amos; para librar a los capitalistas del crimen de la miseria.

Con la divulgación de ese sofisma. los capitalistas quedan exentos de toda responsabilidad. La causa de la creciente miseria de los trabajadores — no es otra cosa, en último análisis la carestía — no está en la desenfrenada explotación burguesa, sino en la mayor productividad de oro!...

Con este criterio, el aumento de la delincuencia — por ejemplo — se explicaría por el aumento de garrotes, cuchillos, revolvers, etc.

Y es algo verdaderamente curioso y sorprendente, ver al doctor Justo, traductor de la obra fundamental de Carlos Marx, compartir en el informe publicado en «La Vanguardia», fecha 13 de junio, el sofisma de los economistas burgueses, al afirmar que «si la metalurgia del oro progresa más que la técnica en general, no estaremos a cubierto de nuevos desequilibrios», por cuanto Marx ha puesto de manifiesto la superficialidad de esa explicación.

En su Crítica de la Economia Política, Marx nos dice con toda claridad que «el antagonismo entre la mercancía y la moneda consituye la forma abstracta y general de todas las contradicciones contenidas en el trabajo burgués. La circulación del dinero — agrega — puede, pues, realizarse sin crisis, pero la crisis no puede realizarse sin circulación monetaria. Esto solamente «significa que allí donde el trabajo», base aún del trueque, no ha llegado aún a constituir la moneda, «es natural que no se produzcan aquellos fenómenos que suponen el desarrollo completo del proceso de producción burguesa». Desde entonces se puede, pues, juzgar de la profundidad de la crítica, que quiere destruir el «privilegio». — Marx es quien subraya — de los metales preciosos, y prescindir por un sistema monetario «racional» de los inconvenientes de la producción burguesa». (Crítica de Economia Política, páginas 95 y 96, de la traducción castellana).

Al sofisma monetario como determinante de las crisis (que como demuestra Marx está basado en una mala interpretación) hay que agregar otro no menos absurdo y mucho más vulgarizado por el abuso que hacen de él los periodistas: El aumento de los salarios.

Los diarios — fiel reflejo de los sentimientos capitalistas — han divulgado esa tesis, especialmente en los momentos de agitaciones obreras, y, no obstante su evidente falta de lógica, ha hallado general aceptación, hasta el extremo de que hoy puede considerarse un verdadero prejuicio popular. Periodistas y oradores socialistas y anárquicos, la hacen suya entre nosotros. En los diarios de ambas fracciones han aparecido muchísimas publicaciones en ese sentido.

En la última campaña electoral, una gran parte de la oratoria socialista giró alrededor del asunto.

Para evidenciar lo absurdo de esta tesis basta hacer la siguiente reflexión: el aumento de los precios es de una proporción mayor que el aumento de salario. Y si el determinante de la elevación de los precios fuera el aumento de los salarios, tendremos que, obrando cuerdamente, los capitalistas, en lugar de resistir las reclamaciones obreras, debieran tender a aumentar constantemente los salarios, y las organizaciones sindicales, en vez de ir a la huelga para reclamar un salario cada vez más alto, debieran hacerlo para que les fuera rebajado... A no admitir que los capitalistas luchan y se sacrifican por la felicidad de los obreros, y que éstos, a su vez, imitándolos en el procedimiento, se organicen para buscar la felicidad de los burgueses.

Pues, según una estadística publicada por el «Reichsarbeitsblatt», elaborada por la oficina del trabajo del Reino Unido, se ve que, mientras los precios de los artículos del consumo popular, del año 1899 a 1907 experimentaron un aumento (al por mayor) de 14,5 por ciento, los salarios de los obreros sindicados, en término medio, solo aumentaron de 6,7 por ciento. En Alemania, si bien en menor proporción, se observa idéntico contraste: el precio de los artículos aumenta en proporción mayor al salario.

Entre nosotros, es inútil toda insistencia, porque es del dominio público que al encarecimiento de los artículos de primera necesidad, como ser, pan, carne, etc., no ha intervenido en absoluto el aumento de los salarios.

Tampoco puede atribuirse al régimen fiscal y a los gravámenes aduaneros, porque el fenómeno de la carestía y de la desocupación es de un carácter universal, pues, sus dolorosas consecuencias se sienten en Inglaterra, viejo país libre cambista, como en Alemania, Italia y otros paises proteccionistas. Además, debemos tener en cuenta que el encarecimiento de los artículos, no es exclusivamente de los que se encuentran bajo la protección aduanera, sino de todos sin excepción, puesto que hasta el dinero encarece como lo prueba la elevación de la tasa de interés y la desvalorización de los títulos públicos.

Para una exacta comprensión del problema, debemos tener en cuenta, además, que la carestía y la desocupación no afecta indistintamente y por igual a las diversas clases sociales. Los capitalistas y terratenientes, obtienen cada día un mayor beneficio. Los capitales se multiplican vertiginosamente. El antagonismo de clase y la duplicidad de las actuales relaciones económicas que, al decir de Marx, en la misma relación que produce riqueza, produce, también miseria, se revela en toda su desnudez en los momentos de crisis.

Y la revelación de este íntimo contraste social que las crisis acentúan, es lo único que los revolucionarios tenemos que agradecer y de lo que, obrando inteligentemente, puede sacarse partido.

Es preciso aprovechar estas circunstancias, no para ponerse en ridículo como nuestros anarquitas antilegalitarios y anti-

estales, que en un manifiesto últimamente publicado censuraban al Estado por no haber improvisado industrias y creado asilos para que los desocupados pudiesen comer y dormir gratuitamente, con lo que los revolucionarios vendrían a substituir en sus funciones a las hermanas de caridad, tampoco pueden o deben aprovecharse estas circunstancias para conquistarse una banca parlamentaria y engañando miserablemente la inconciencia e ignorancia proletaria con falaces promesas de remormas fantásticas e irrealizables; es preciso en estos momentos, repetimos, exponer ante los ojos de los trabajadores las causas reales de las crisis—producto natural del actual régimen de producción capitalista—a fin de que se compenetren de la necesidad de una acción cada vez más vasta e intensa y comprendan su misión revolucionaria y transformadora.

En cuanto a la acción inmediata que conviene desarrollar para atenuar en lo posible los efectos de la carestía y de la desocupación, nos parece que el congreso puede hacer igualmente obra útil; la realización del propósito animador, sería, a nuestro juicio, una prueba de inteligencia y su materialización de incalculable valor práctico. Y los delegados, si realmente desean remediar en parte la situación dolorosa y afligente, han de abandonar todo doctrinarismos, a fin de concentrar las dispersas fuerzas sindicales. De la concentración de esas fuerzas puede surgir y surgirá, sin duda, una intensificación de la acción sindical que podría atenuar los efectos de la crisis, imponiendo a los capitalistas una mayor remuneración de la mano de obra y una reducción de las horas de trabajo, medida única para remediar los actuales males que pueden adoptar en la actualidad los trabajadores, y que el mismo doctor Justo se ve obligado a reconocer su eficacia en su informe mencionado.

A esta obra, los trabajadores pueden dedicar todos sus esfuerzos sin temor de ninguna naturaleza. La intensificación de las luchas sindicales, es el medio más expeditivo para contrarrestar los efectos de las crisis, ya que, como hemos visto, el aumento de los salarios ni la desminución de las horas de trabajo constituyen los determinantes de las crisis, y no pueden, bajo ningún concepto, agravar la situación. Porque «el alza y la baja del beneficio y de los salarios—dice Marx en su célebre refutación a Proudhon,—sólo expresan la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan del producto de una jornada de trabajo, sin influir en la mayoría de los casos en el precio del producto Pero que «las huelgas seguidas de aumento de salarios dan por resultado un encarecimiento general», son ideas que sólo pueden surgir del cerebro de un poeta que ha errado su vocación.»

**M. VIAMONTE.**

# Del reconocimiento patronal

En numerosas ocasiones, hemos visto a sindicatos empeñarse en luchas largas y cruentas para imponer un reconocimiento oficial de su existencia al patronato.

No hace mucho, sólo unos diez años escasos, y si se quiere, aun menos, en las reclamaciones obreras existía como de rigor la cláusula pertinente. Y es fácil recordar también que, no obstante, haberse logrado la aceptación patronal para las reivindicaciones de orden más material: acortamiento de la jornada, elevación de los salarios, régimen del aprendizaje, etc., la lucha proseguía con suerte alternada por la no obtención de ese reconocimiento.

La mayoría de los conflictos hallaban en los términos de su solución, sin embargo, la del reconocimiento patronal. Era esto lógico, porque vencida por la fuerza de las circunstancias, la resistencia de su adversario, el sindicato imponía sin limitación alguna, el pliego de nuevas condiciones de trabajo, y de hecho, con la exigida firma al pie del petitorio, el patrón, derrotado, aceptaba la odiada cláusula que empezaba a regir, con gran entusiasmo y expectativa de ambas partes; pero, muy especialmente, del proletariado que, por una preocupación propia, tal vez de su inexperiencia, le atribuía una trascendental importancia en la preparación del futuro de su lucha.

Empero, la realidad resultaba otra. Generalmente, la organización recibía a breve intervalo de la fecha de terminación del movimiento, la denuncia de que el patrono firmante de las nuevas y mejores condiciones de trabajo tendía por todos los medios a su alcance a violar el pacto, a no aceptarlo sino cuando materialmennte le era imposible burlas su cumplimiento.

De manera, pues, que el texto del compromiso que aparecía revestido casi de solemnidad y con todos los signos respetables de un «contrato lícito», llevando al pie la firma del contrayente, resultaba enteramente falaz e irrisorio debido a que el patronato lo suscribía, visiblemente, con la inconfesada pero firme intención de desacatarlo una vez libre de las dificultades del momento, que se apreciaba en toda su realidad como insuperables.

Algunos obreros, sinceros e ingenuos, sorprendidos de esta «mala fe», sugerían hasta la adpoción de recursos legales, o jurídicos, para obtener su franco y leal cumplimiento. Pero, luego, aleccionados más que todo por la frecuencia uniforme del hecho, pudieron fácilmente percatarse, no sólo del verbalismo más que saltante de la cláusula en cuestión, sino también de la intrascendencia que tal reconocimiento del sindicato por parte del patrón ofrecía para la realidad de una mejor acción proletaria.

Se comprobaba casi siempre, en los casos de violación, que ella era favorecida o se originaba por la ausencia de un contralor real de los obreros interesados. Es natural que faltando una voluntad colectiva que de continuo y persistentemente ejerciera su influencia en el ánimo furtivo del industrial, la cláusula caducaba. Pero en los últimos tiempos, sobretodo, la tibieza creciente con que los trabajadores apreciaban tal reconocimiento por considerarlo vacío de sentido intelectual y de realidad, contribuyó a desalojarlo por completo de los petitorios.

Los más expertos y sensatos se preguntaban: ¿hasta qué punto el patronato puede interesarse en el fiel y estricto cumplimiento de cláusulas que le han sido impuestas por una victoria proletaria? ¿Es razonable esperar que el desarrollo del criterio y de la acción de clase, antipatronal, pueda ser estimulada por el capitalismo, cuando los intereses de éste, el porvenir y seguridad de su régimen están basados en la necesaria pasividad del proletariado, en su desorganización, en su inferioridad moral y material?

En efecto: el reconocimiento de una organización que se invista en un criterio de clases — pruébalo la historia de nuestro movimiento sindical, — no es posible que sea cedido espontáneamente, con un sincero propósito de cumplimiento por el patronato, Es esa una aspiración irrealizable, utópica, que pudo alimentarse en la infancia del movimiento sindical, pero que, en la hora presente, constituye una simple expresión fraseológica, incapaz ya de suscitar una contienda, ni un esfuerzo considerable, ni un entusiasmo siquiera de parte de ninguna organización veterana.

Tal desconcepto es explicable. El reconocimiento patronal del sindicato, no puede efectuarse sino merced a determinados compromisos bilaterales; que comprenden en su responsabilidad a las dos partes. El patronato, por lo general, otorga su beneplácito, pero en cambio exige compensaciones; y éstas no pueden ser más que con detrimento de la libre acción de su adversario.

Se sabe bien la espontánea generosidad de que es capaz en sus actos normales el capitalismo para darse una idea de la bondad de las concesiones que se halla dispuesto a otorgar en cambio de ese reconocimiento verbal y platónico.

En todos los casos de convenciones pacíficas que realiza con ciertas fracciones del proletariado, retiene la parte del león. La característica de su parlamentarismo, — por así llamarlo, en mérito de que es a raíz de una amplia deliberación que toman cuerpo de resoluciones — se particulariza y distingue de la de los trabajadores que entran con él en contacto, en que mientras éstos, pierden por lo general la clara noción de sus intereses, él conserva la orientación de clase, y la lucidez necesaria para sacar el mayor provecho de la situación.

El capitalismo no se despoja de ningún principio; no cede una sola partícula de de su privilegio; no menoscaba sus prestigios morales ni sus atribuciones dirigentes; por el contrario, reafirma, — nótese bien, — la justicia del régimen que sustenta, la iniquidad del sistema y logra una enorme victoria, sin combatir. Por una inverosímil sofisticación de que hace víctimas voluntarias a ciertos elementos, que parecen predispuestos más bien a hacer juego a sus propósitos, consigue la eliminación o la descalificación de procedimientos e idealidades de naturaleza fundamental para los trabajadores sindicados, e impone las más de las veces, modificaciones a los principios esenciales de la acción obrera; no acepta a ésta encaminada hacia una finalidad igualitaria; le exige se inspire en móviles conservadores, neutros o corporativistas, que respetan la construcción social y le hace perder lenta pero inevitablemente todo lo que de grande y superior radica en la orientación del movimiento obrero, cuando se alimenta en un pensamiento y en una intención anticapitalista, límpida e indesviable.

La labor del patronato se concentra cada vez más en el sentido de crear un sentimiento de conciliación y armonía de clases, y, a este efecto, se sirve con preferencia de la fracción del proletariado que milita en el campo político, la cual, en virtud de su esperanza y su fe en los beneficios ilusorios de la reforma legal y de los éxitos electorales y parlamentarios, se presta admirablemente a facilitarle la tarea.

La experiencia prueba con abundancia de ejemplos que en los sindicatos influídos por tales elementos, la práctica de los recursos directos, y las declaraciones categóricas de la intención revolucionaria, han sido o definitivamente proscriptos, o se hallan en vías de serlo, o pierden por consecuencia de una inimterrumpida y obstinada detracción, su antiguo y merecido prestigio.

Pero la vida, que aporta diariamente sus enseñanzas indestructibles proclamando la nulidad absoluta de esos temperamentos formulistas que implican, sin necesidad, tan grande abjuración proletaria, transparenta los propósitos burgueses, calculados, rígidos, antiproletarios, y los manifiestan en toda hora y circunstancia de la lucha.

La acción proletaria, persiguiendo la redención paulatina y directa de la clase no puede armonizarse con la del capitalismo, sea cualquiera la situación o aspecto que se pretenda apropiado a una circunstancial buena inteligencia. La realidad revela que no existe más que un estado de guerra latente, que va haciéndose más claro y más sensible a una y otra clase; una situación de beligerancia, de disposición y preparación a una guerra de eliminación que no admite conciliaciones ni armonías momentáneas ni duraderas.

El reconocimiento de la fuerza sindical, o del derecho que asiste a los trabajadores, es materia de imposición permanente y efectiva de parte de éstos. No se trata de establecer la realidad de ese poder creciente, en un convenio o acuerdo transitorio, con el patronato vencido o intimidado. Este no puede aceptar esa situación sino porque las circunstancias que él reputa insalvables no le permiten otra actitud. No hay, ni sinceridad ni deseo alguno de observar estrictamente una convención que lo daña, y que le ha sido impuesta. Claro está que perseverará en todos los momentos en infringir lo pactado, tratando de reducir a su adversario triunfante, y que lo obtendrá, lo prueba nuestra experiencia, cuando éste habiendo depuesto sus armas, duerma confiado en la rectitud y honestidad de su propósito de cumplir un convenio que se le ha impuesto de por fuerza, o que no le conviene ni circunstancial ni definitivamente.

El proletariado, en su acción anticapitalista, debe tener un especial interés: el de convencer a sus miembros de que de su libertad de acción, y de su preparación progresiva para la lucha dependen todas sus ventajas.

# FUNDAMENTO DEL SINDICALISMO

No hay duda que la organización económica de la sociedad sindicalista tendrá que tener principios de dirección y de coordinación. No podemos concebir el mecanismo de la producción funcionando ciega y desordenadamente.

El organismo económico de una empresa moderna vive mientras es una combinación de elementos productivos: capital, tierra y trabajo. En la economía capitalista, la función de combinar los elementos productivos en el organismo de la empresa es característica y esencial del patrón. En la economía de las empresas capitalistas es el patrón el que vigila y dirige. La existencia del patrón capitalista hoy nos repugna, y provoca la protesta y la lucha de los obreros, aun cuando por la división de los elementos de la producción, la función del patrón, además de responder a simples exigencias técnicas es un corolario de las condiciones económicas presentes.

El patrón es siempre el capitalista que asalaria obreros, que se apropia del «másvalor» del trabajo, sacando de este «másvalor» el provecho de la empresa, después de haber reembolsado el capital y los intereses al capitalista comercial.

La explotación, que es inherente al organismo de la empresa capitalista, será eliminada por la unificación y la libre asociación de los factores productivos, con la posesión por parte de los obreros sindicados. Habrá siempre grupos de productores que necesitarán de un régimen técnico y de una dirección. Un principio autoritario — por decirlo así — que resultaría de las necesidades imperiosas técnicas del trabajo y de la producción, existirá también en el régimen económico obrero, sin patronato y sin Estado. instituído por los sindicatos.

Existirá una sociedad nueva que no será el Estado, sino su opuesto, el régimen técnico y pedagógico de la actividad humana, el «Self-gouvernement» del trabajo, el gobierno de sí mismo.

**Sergio PANUNZIO.**

# La Huelga general de Italia

## IMPORTANTE MANIFESTACIÓN DE FUERZA PROLETARIA

La extensa información telegráfica de la prensa burguesa, con motivo de la reciente huelga general en la península italiana, permite suponer que la vigorosa explosión proletaria de aquel país, ha sido verdaderamente imponente. La masa obrera, bajo el impulso de un profundo sentimiento de clase, y orientada por su organización sindical, ha respondido con una espontaneidad y presteza dignas de tenerse en cuenta a objeto de sacar de esa actividad las ricas y saludables enseñanzas que servirán para la acción futura de los obreros, cada vez más aptos y más dispuesto a adoptar una actitud eminentemente revolucionaria contra el enemigo común: capitalismo y estado.

El proletariado italiano, que se ha levantado contra la guerra de Trípoli, por cuanto ésta reclamaba el tributo de su sangre y de su vida, y ha visto compensado su heroico esfuerzo por una fuerte represión gubernamental; ese mismo proletariado que actualmente sufre las consecuencia de aquella guerra que no había de servir más que a los intereses de banqueros, mientras él cargara con la desocupación y la miseria más espantosa, derivada de un desastre económico general que gravita en perjuicio exclusivo de la clase productora; ese mismo proletariado, que en protesta contra esa situación desastrosa, se ha visto masacrado en cien puntos de Italia, — en el breve espacio de tiempo transcurrido desde la guerra de Trípoli hasta la fecha — debía surgir, hacer explosión de su energía y de su odio contra el capitalismo y la autoridad, por medio de un acto cuya magnitud, la misma prensa burguesa — interesada siempre en desprestigiar o amenguar la importancia de la acción obrera — no ha podido ocultar.

La huelga general de Italia, aun cuando a los criterios simples pueda aparecer como el producto de los sucesos de Ancona, es por el contrario, el resultado natural de una procesión de hechos que se encadenan, acumulando en los pechos proletarios sentimientos que tarde o temprano habían de estallar, en forma ruidosa y violenta.

Nosotros, que en nuestro trabajo sindicalista, dedicamos igualmente nuestra observación y estudio al movimiento obrero internacional, esperábamos de Italia proletaria un acto como el que acaba de realizar, el que ha venido a sacudir la fibra revolucionaria obrera del mundo entero.

A través de su prensa, cuya lectura hemos seguido con interés creciente, hemos observado el profundo malestar que domina al proletariado; la dura represión burguesa que ha seguido a todas sus agitaciones; la violenta reacción desencadenada a raíz de la campaña obrera contra la guerra colonial y de conquista, conjuntamente con la cual se acentúa y reviste con caracteres alarmantes, la miseria que la desocupación y el encarecimiento de la vida traen como premio al «patriotismo del pueblo italiano.

Y declaramos que esperábamos ese gesto vigoroso e impresionante, porque en medio de la represión y malestar, una verdadera florescencia de energía revolucionaria surgía en el movimiento obrero de la península, al cual nuestros camaradas sindicalistas, no obstante la obra de descrédito que allá como aquí realizan nuestros adversarios de todo color, llevaron principalmente, todo el contributo de sus fuerzas y entusiasmo. Y esa florescencia de las fuerzas sindicalistas — dispersas y sin vinculación — se traduce en una inteligente concentración, constituyendo el proletariado revolucionario de Italia, hace apenas dos años, su órgano nacional y de coordinación, llamado «Unione Sindacale Italiana», el que comenzando apenas con 50.000 adherentes, sobrepasa al año siguiente, en su segundo congreso, de los 100.000. Con el surgimiento de esta organización, se acentúa de una manera extraordinaria el despertar revolucionario del proletariado de aquel país. La agitación y propaganda se extiende con vigor por todo el reino, y como es sabido, los soldados proletarios, dormidos, despiertan a los toques del clarín sindicalista.

La «Unione Sindacale Italiana», que como decimos, sostiene una poderosísima campaña por el surgimiento del proletariado para librarse de la terrible situación en que lo tiene colocado la «monarquía conquistadora y colonial»; continuando la que con tanto éxito llevaba a cabo contra la guerra y el ejército, abrió en las columnas de su órgano oficial, «L'Internazionale», la campaña contra las compañías disciplinarias, en las cuales, jóvenes camaradas por su acción antimilitarista, se hallan recluídos. Antonio Moroni, el simpático y valiente sindicalista, recluído en esas compañías, y que ve desaparecer su vida y su juventud por una dolorosa y cruel enfermedad contraída en el lugar de su encierro, no obstante los rigores de la disciplina y amenazas de sus jefes, aporta a la campaña, desde su reclusión, un concurso eficaz y decidido, denunciando todos los horrores y vejaciones a que se somete a los concriptos.

A consecuencia de esta campaña, se constituye contra las compañías disciplinarias, y por la libertad de Antonio Moronni, un comité nacional de agitación. Conjuntamente a este comité, actúa el que en pro de Augusto Masetti, el heroico antimilitarista de Bologna, se había constituído para su respectiva libertad.

El siete de junio, llamado del Estatuto, día de las «glorias de la monarquía y el militarismo», celebrado con pompa por la burguesía, ambos comités lo habían elegido para una protesta nacional en contra de las compañías disciplinarias del ejército y por la libertad de los recluídos. La elección no podía ser mejor.

Hasta aquí, lo que nosotros conocemos como antecedentes de los recientes sucesos, por la prensa obrera de Italia, nuestra fuente de información.

### La protesta proletaria

Ahora, los telegramas de la prensa burguesa se han encargado de informarnos lo que ha seguido a esa protesta. Parece que a la burguesía no le agradaba la demostración contra el militarismo el día que ella tenía elegido para glorificarlo, y su celo excesivo la llevó a producir un hecho, cuyo recuerdo ha de llevarle más de una vez el arrepentimiento. El mitin que en Ancona, a iniciativa de la cámara de trabajo debía tener lugar, y que a iniciativa de la misma, debía realizarse el día del Estatuto en todo el país, para el cual se había asociado el Comité Nacional pro-Masetti, tuvo, como es del dominio público, su epílogo sangriento.

Las armas «gloriosas» del ejército italiano, usadas por los mismos trabajadores en Trípoli para satisfacer el patriotismo de banqueros y paniaguados, daban a su día de triunfo un tinte rojo. La sangre obrera, derramada abundantemente en tierra líbica, por «las glorias de las armas» y «el honor itálico» ante las naciones «civiles»... volvía generosa a derramarse en tierra-patria, en homenaje a la fecha que conmemoraba sus glorias.

Frente a un hecho de esa naturaleza — la centésima masacre en menos de tres años — la indignación y odio de la clase obrera, herida y sacrificada en todas formas por la hidra capitalista, espontánea, libremente, bajo el impulso de sus sentimientos de clase heridos por la brutalidad burguesa-nacionalista, estalla en una huelga general de protesta, unánime y violenta, produciendo una profunda conmoción en las bases del edificio capitalista.

Más de treinta ciudades y provincias, de las más importantes, responden inmediatamente con la explosión de sus sentimientos de odio contra la burguesía y los poderes estatales. Detrás siguen las otras localidades, e Italia entera, se desprende de los telegramas de la prensa burguesa, arde en una llama revolucionaria. Las ciudades y campos, es decir, la fábrica y la chacra, es abandonada por los trabajadores en huelga general declarada por sus cámaras de trabajo, uniones sindicales y organismo central, y las manifestaciones tumultuosas se suceden con verdadera violencia.

Los campesinos recorren, dice la prensa burguesa, los campos, con el arma al hombro. Puentes de ferrocarriles y líneas telegráficas saltan estrepitosamente; líneas ferroviarias son levantadas; estaciones, depósitos, iglesias y edificios públicos son incendiados; palacios burgueses, de patriotas ialiatnos, siguen la misma suerte; grandes terratenientes y altos jefes militares — continua la versión telegráfica — son secuestrados, y puntos hay, donde los trabajadores, verdaderos dueños de la situación, constituyen el «gobierno» revolucionario, enarbolando la bandera roja de los sindicatos obreros, en su breve reinado de victoria, y como síntoma de lo que en un futuro no lejano han de afirmar completamente los trabajadores en abierta y franca rebelión contra el mundo capitalista, generador de todas las angustias proletarias.

Seguir en toda su extensión la copiosa información telegráfica, no es posible hacerlo en un breve espacio de nuestro periódico. Basta sólo decir, que de ella se desprende toda la magnitud alcanzada por esta huelga general — verdadera guerra civil — en miles de hechos violentísimos, que parece, han producido una verdadera «debacle» de todo el poder autoritario de la burguesía dominante.

¡Sublime y heroico esfuerzo revolucionario, ante el cual el mundo trabajador, anheloso de mejor vivir, se descubre respetuosamente y con toda admiración!

### Algunas apreciaciones

Hemos dicho al principio de esta crónica, que la causa de la explosión impetuosa de este movimiento, no hay que buscarla sólo y únicamente en los sucesos de Ancona, los cuales se hallan íntimamente ligados a sucesos anteriores, que colmando la medida de la paciencia proletaria, habían de crear un estado de ánimo y de agitación obrera que determinara tarde o temprano un gesto de esta índole.

La huelga general, cuyo estallido encuentra como causa determinante inmediata, los sucesos de Ancona, al revelar el profundo malestar en que vive en esta hora aciaga el proletariado italiano, pone de manifiesto también, la mentira de la prensa burguesa y nacionalista que atribuye al pueblo de la península, un fuerte espíritu patriota y monárquico. Si tal cosa hubiera, la clase obrera, dado las circunstancias de los sucesos, el día de los grandes homenajes monárquicos y militaristas en que tuvieron lugar, lejos de haber estallado contra la monarquía y la patria, había encontrado justificada la actitud de las autoridades contra una manifestación, cuyo objeto principal era desmentir la leyenda de gloria y grandeza de las instituciones a las cuales conmemoraba el nacionalismo monárquico.

El alma de la clase obrera vibró bajo el impulso de sentimientos propios, de clase, exteriorizándolos en una ruidosa y fuerte manifestación de combate. Es claro que esta manifestación no hubiera tenido lugar, si la organización sindical, que cultiva y madura esos sentimientos con su acción y su fuerza, no existiera.

La huelga general ha estallado primeramente, en seguida de los hechos, en aquellas poblaciones y localidades donde la organización existe. Luego, su magnitud, su impetuosidad, envolvió como es natural, a los trabajadores desorganizados. Pero su iniciación, lo repetimos, parte de las ciudades, según lo hace suponer la lista de poblaciones que publicaba a los dos días la prensa burguesa — y esto no puede ponerse en duda — en aquellas donde, además de existir la organización, existe desarrollado un fuerte sentimiento de lucha.

Y lo que es digno de tenerse en cuenta por la enseñanza que ofrece a los anarquitas locales, es que esta huelga general de Italia, lejos de ser un decreto de comité de las Uniones nacionales fué una sanción de los sindicatos, uniones locales o cámaras de trabajo de cada ciudad, espontánea y libre, reflejando un sentimiento colectivo que por igual hacía explosión en todas partes, paralizando el trabajo industrial agrícola y del transporte. Y ese estallido es inmediato, bajo el dictado de los hechos que sacuden el sentimiento de solidaridad proletaria, existente en toda clase obrera orgánica, medianamente organizada. Esa expansión de sentimientos, en una localidad, comunes a la clase obrera de otras localidades, se plasman en una idealidad que la obra y la organización sindical desarrollan. Y refleja así, en toda su integridad, el verdadero y puro federalismo proletario que se concreta en la acción autónoma de los trabajadores sindicados de una localidad — ligados por los lazos morales de solidaridad con los de otras — bajo la presión inmediata de los hechos que la determinan.

Y esa acción — insistimos sobre este particular, para que tomen nota de nuestros juicios quienes nos leen en este país de todas las crasas ignorancias — no se habría producido — como lo demuestra la experiencia en todas partes — si los sentimientos de los trabajadores no habrían reflejado una situación material de hecho como lo representa la organización de clase, fecunda creadora de los sentimientos solidarios.

# El trabajo en los talleres del Estado

## El Arsenal de guerra

Los que se complacen en prestigiar la municipalización y nacionalización de los servicios, sustentan su tesis con la idea que tienen muy arraigada de que el Estado-patrón, es en muchos sentidos mejor y más conveniente para el obrero, que no lo es el particular.

No discutiremos la veracidad del aserto, porque no creemos, de acuerdo con nuestra experiencia del momento, que tal afirmación sea exacta. La realidad, por el contrario, parece ser otra; a lo menos en los talleres del Estado donde en la actualidad se ocupan obreros.

El Arsenal de Guerra es uno de ellos; tal vez el más conocido por las iniquidades de todo orden que en él se han cometido siempre, no decimos violando la ley, y los reglamentos, sino los más elementales principios de equidad y de la «decencia».

Todos lo saben: es un régimen militar aplicado a obreros en una forma tan odiosa

# LA ACCIÓN OBRERA

**Es el periódico obrero y de los obreros. Obreros son los que le dan vida, obreros son los que lo escriben, y es destinado a la defensa de la causa obrera. Todo trabajador consciente debe solicitarlo y propagarlo. Subscríbase, pues, y procuren subscribir a sus amigos y compañeros de trabajo; así tendrán semanalmente un vocero de nuestra clase que le informará del movimiento obrero, de las tramas de los enemigos del proletariado y que fustigará cuanto se haga para desviarlo de la ruta de su emancipación.**

**Obreros: subscribíos.** **Administración: Alsina 2880, Depto. 18**


como repulsiva, que demuestra cómo está infundido en el criterio del militar burócrata y director del trabajo, la persuasión de que el artesano que se halla bajo su dirección momentánea, es un ser inferior, privado de toda conciencia, y a quien se le debe ultrajar, ofender y robar, cuando la ocasión sea propicia, sin que tenga derecho alguno a reclamo.

Aprovechando la reinante crisis, la dirección del Arsenal ha procedido al despido de un gran número de obreros, no obstante, la abundancia de labor existente en ese vasto establecimiento del Estado. Pero se ha querido utilizar las circunstancias, como siempre, no para acudir al alivio de los trabajadores, sino con el fin de intensificar la explotación que sobre ellos se ejerce.

La dirección, que está al cargo de un militar de argallas, después de proceder a la eliminación de secciones enteras ha hecho efectiva la implantación del trabajo a destajo, que proyectaba hace tiempo, logrando de esta manera, acrecer a expensas de los mezquinos salarios de algunos padres de familia, la ganancia del Estado-patrón, o lo que quiere decir lo mismo, la de su propia persona, siendo esto más probable y humano.

Los destajistas teóricos que tanto abundan en el campo socialista intelectual, estarán de parabienes, con el émulo que les resulta el director del Arsenal, pero sobre todo pueden regocijarse de los excelentes efectos que producen las leyes de retiro y de jubilaciones, sabiendo que entre los despedidos se cuentan algunos, adscriptos a la caja nacional de jubilaciones y pensiones, a quienes no se les ha devuelto, ni se les devolverá, por lo visto, las sumas que regularmente, desde decenas de años, les vienen descontando de sus sueldos con la promesa consabida.

Reseñamos brevemente el hecho, que no tiene nada de original, pues es la repetida historia de cómo se trata al obrero en los establecimientos nacionales, con el único objeto de demostrar cuán falaz y contradictorio para los intereses obreros resultan todas esas ofertas de bienestar a largo plazo con que el Estado, por medio de sus agentes, trata de engañar a los infelices obreros que se determinan a servirlo, siempre en peores condiciones a las que rigen en la industria privada, donde el contralor de la organización se hace efectivo, enalteciendo la dignidad del obrero y sus condiciones de vida.

En la presente ocasión, el gobierno podía muy bien haber contribuído, sin perjuicio alguno, de su parte a no empeorar la crisis que aqueja a la industria y al proletariado regional; pero, en todas sus reparticiones, parece advertirse algo así como el deseo de fomentarla.

El Arsenal suspende centenares de obreros; implanta al mismo tiempo el trabajo a destajo para reducirlos aún más. El municipio federal, en complicidad con los empresarios de empedrado y otros capitalistas propaga la desocupación en el Tandil, facilitando el empleo del material inferior extrangero y, hasta el director del Censo, se decía, proyectaba enviar los trabajos de impresiones a Europa, en detrimento de una industria « argentina ».

Después de estas breves constataciones se puede avalorar la realidad de la patria y de sus benéficas virtudes materiales.

# PARTIDO Y SINDICATO

El interés creado por la organización, es, permítasenos la tautología, un interés organizado que resiste a toda tendencia ulterior que pretenda destruirla. Como en todas las demás formas orgánicas, este nuevo ser se caracteriza desde luego por un instinto propio, por un sentimiento particular que lo impulsa a considerarse en todos los actos que realiza como el motivo primordial, único, de sus movimientos.

Por su naturaleza, el sindicato supone desde el período embrionario, una entidad, una individualidad destinada a vivir su propia vida, no la de sus gestores, por más que éstos, como ciertos padres, y ciertas doctrinas sociales, destinadas a tutelar al hombre, en todos los actos de su existencia, lo presupongan como dependiente perennemente de su inspiración y tutelaje.

El anarquismo y el socialismo, creando entre nosotros las formas primeras de la organización obrera, con un espíritu de doctrina, han visto así defraudadas sus erróneos cálculos. El uno, con más anticipación que el otro, por las razones mismas que enunciamos.

El socialismo, hablando al sindicato un lenguaje extraño a su propia comprensión, quisiera desposeerlo de sus armas naturales, tan excelentes y eficaces, para dotarlo de otras de una potencialidad problemática, o negativa, o utópica.

En su edad infantil, en pleno período de conformación, sin una lección de hechos que ilustre su criterio, o su incipiente discernimiento, la mentalidad sindical puede aceptar sin mayor análisis tales doctrinas, así como en la niñez nutrimos nuestro cerebro en la escuela de apriorísticas concepciones, absurdas supersticiones religiosas y científicas, que más tarde la razón, ilustrada por la contemplación de los hechos, se encarga de destruir, y borrar para siempre.

Así el socialismo, ha hecho la obra útil de la organización con el único y exclusivo propósito de hallar en ella una cátedra favorable para la propaganda de la acción política-electoral, que ha sido y será el poderoso motor de todas sus actividades.

Ninguna consideración de orden sindical y libertario, se ha mezclado a su propósito; no ha podido concebir la personalidad de esa creación, sino en los días que corremos, en los cuales ve alejarse lentamente de sus manos el sazonado fruto de sus esfuerzos, obedeciendo a leyes inflexibles, que se escapan a todo intento de reducción humana.

En este punto, es digna de ser apuntada una comprobación. ¿Cómo es que el cientificismo socialista, que anticipa el desarrollo ulterior de las instituciones con un criterio de resignación y fatalismo, hasta el límite en que éstos han de hallar su prevista finalidad, haya podido desconocer la substancia elemental de su propia doctrina; cómo haya podido ocultarse a la profunda sagacidad de sus conductores y filósofos, la naturaleza y orientación eminentemente autónomas del sindicato y de sus ulteriores construcciones?

No es presumible el engaño, ni hay tampoco ignorancia, ni error. El móvil existe consciente, y tiene su base en la creencia de la posibilidad de un trabajo feliz, de confusión y de sofisma capaz de dar por resultado la formación de un criterio que anule en el sindicato la confianza en las armas naturales, y permita el libre ejercicio de un contralor extraño a su propia naturaleza.

Partido y sindicato, son hoy dos expresiones antitéticas, que se resuelven en una negación.

Socialismo electoral y sindicalismo, son los exponentes de dos propósitos fundamentalmente distintos.

Uno extrae su fuerza de núcleos formados por elementos heterogéneos, desemejantes, cuya filiación de intereses se considera secundaria y sin valor.

El otro, el sindicalismo, halla únicamente su fuerza en el proletariado; sus elementos son idénticos, sus intereses comunes, su idealidad y su obra, también, una e indivisible.

No puede, pues, haber compatibilidad de acción, ni de propósitos, entre uno y otro.

# Aspectos morales y revolucionarios

## de la jornada de 8 horas

Conocemos la tendencia arraigada en muchos obreros inconscientes a resistirse al acortamiento paulatino de la jornada de trabajo por considerar que él entraña un perjuicio para sus intereses, y que en realidad, sus conveniencias están más bien en conservar una absoluta libertad en cuanto respecta a la duración de su trabajo, es decir, en cuanto a disponer la extensión del tiempo con que gana su subsistencia en el régimen, personalmente.

Es ese el arbitrarismo individual, que constituye el rasgo psicológico del carnero, contra el cual combate el criterio de la organización sindical, con un empeño indeclinable; preocupándose sobre todo de introducir en su mentalidad egoísta y estrecha, la convicción de que en realidad todo cuanto tienda a extender la jornada de trabajo, subentiende no solo un esfuerzo mayor, una fatiga más intensa, sino principalmente una desvalorización progresiva e inevitable de la mano de obra. En síntesis: mediata o inmediatamente, toda tendencia a prolongar la permanencia del trabajador en la industria, significa la disminución del salario; o lo que es lo mismo, la irrogación, no de un beneficio, sino de un gran daño moral y material.

Disminuir el tiempo de labor supone reducir el mercado de trabajo; impedir sensatamente que la superabundancia de desocupados dificulte la lucha por el aumento progresivo del salario.

La organización sindical ha proclamado la necesidad de favorecer el acortamiento de la jornada, por natural observación de los constantes perfeccionamientos introducidos en la maquinaria, los cuales, siendo, en parte un resultado lógico de la acción colectiva de la clase obrera, que evidencian como la organización sindical es un factor de progreso o de evolución de la técnica industrial, hacen factible un acortamiento del esfuerzo proletario sin detrimento de su productividad.

La organización revolucionaria no puede apreciar desfavorablemente este resultado. Ella más bien debe conceptuarlo ventajoso desde que tiende a estimular los deseos de la clase obrera y a señalarle los procedimientos para satisfacerlos. La obtención de un mejor estímulo más eficazmente la actividad humana; y el sindicalismo que aspira a mejorar la situación del proletariado, no olvida tampoco que los trabajadores mal remunerados son por lo general los más refractarios a las idealidades revolucionarias.

Luego, disminuyendo la fatiga que origina el sobretrabajo, el cerebro de los trabajadores se torna más lúcido. Menos cansancio físico, subentiende mayor y más fácil esfuerzo intelectual.

Es lo que han comprendido todas las grandes asambleas llamadas a considerar este importante problema de la reducción de las horas de trabajo. Sobre todo cuando se prevé que la gestión obrera que supone el sindicalismo, susceptible de realizarse en la industria sin perjuicio del resultado cuantitativo de la producción, está basado en la existencia de una clase obrera instruída, capaz en fin, de asumir la dirección social en todos sus múltiples aspectos.

Disminuir, en el momento actual, las horas de trabajo, significa no sólo intensificar la productividad del hombre, sino perfeccionarla, por la mayor reflexión con que se realiza.

Reduce, sobre todo, el número de los accidentes de trabajo, que tienen lugar, como es obvio, en las últimas horas de la jornada de trabajo, y siempre en proporción creciente y paralela con la duración excesiva de la misma.

Las industrias donde más imperan las largas jornadas de trabajo, son en verdad aquellas que proporcionan mayor número de infortunios.

Los capitalistas dificultan esta propaganda que se funda en conclusiones de la estadística oficial, denunciándola como contraria a los intereses del obrero, excitándolos en todas formas a prolongar su estadía en el sitio de trabajo, y se confabulan para crear el convencimiento de que la brevedad de la jornada favorece la holganza y los vicios que son su secuela, en especial, el alcoholismo.

Es de suponer que lo dicen por experiencia propia. Por parte nuestra, es fácil comprobar que aún desde este punto de vista el acortamiento de la jornada tiene resultados muy grandes en la formación de una psicología superior del proletariado.

En primer término, hace al obrero menos, y no más, predispuesto al alcohol. Lo aparta de la taberna, por razones de orden físico y moral y lo orienta hacia la biblioteca.

La fatiga es un factor preponderante en el alcoholismo; el trabajador rendido por el cansancio, enervado, busca en el aguardiente o en el licor, restaurar su energía agotada y se envenena sin desearlo. La invariabilidad de su situación, lo impulsa a contraer el hábito; que se consolida favorecido por la intención sórdida del capitalismo, fomentadora, y no limitadora de este grave mal, en servicio de la industria, y que por móviles, de especulación estrecha trata en todas las formas de atenuar en sus perniciosas consecuencias sociales. ne la disminución de alcoholistas. Es una constatación real, que cuanto mayor sea el esfuerzo realizado, más intenso o más duradero, en la producción, el obrero está más o menos predispuesto al alcoholismo.

Y para terminar: la organización sindical, que, es, en último análisis, la única propagadora de la reducción del esfuerzo físico del obrero — en intensidad y duración — ha dado una singular expansión a su actividad intelectual, conduciéndolo a la biblioteca o al círculo e impulsándolo a utilizar con provecho propio y de la clase el instante de ocio o de descanso cerebral, substraido a la avaricia capitalista.

He aquí, brevemente reproducidas opiniones viejas sobre el trillado asunto. Ellas aparecen siempre revestidas de novedad, por las dificultades que se erigen impidiendo su aplicación estricta, y la tendencia egoista que lleva a los trabajadores, — aún titulados conscientes, — como ocurre en nuestro medio sindical, y en industrias donde ya existe definitivamente consagrada la conquista de las ocho horas, — a burlar su observación, en mérito de razones capciosas y sofismas tanto más censurables e ingratos, cuantos más autorizados o prestigiosos son los labios que las emiten.

La organización sindical, fomenta con ulterior propósito la reducción de la jornada, pero es indiscutible que, su implantación efectiva depende no tanto de su fijación en el texto de un convenio entre obreros y patronos, cuanto en la perenne disposición de espíritu de parte de los primeros a hacerla cumplir, y preparar la posibilidad de progresivas reducciones, compatibles con el progreso efectico de la técnica industrial.

Sólo podrán dar sus óptimos frutos cuando esa conciencia, sea la verdadera garantía de su aplicación, y es, entonces, el caso de decirlo, que ella no puede ser obtenida sino por un elevado discernimiento de los intereses de clase, y de la solidaridad, en sus efectos inmediatos y ulteriores que robustezca la mentalidad, y disponga al corazón a vencer la codicia estimulada por el capitalismo, con el cobro de un mayor salario, que inevitablemente se traduce luego en una disminución efectiva.

Un estado de conciencia semejante permitiría, sobre todo, afrontar victoriosamente la honda crisis industrial que trabaja el sentimiento unionista y que comienza a trascender en algunas industrias, en una extensión de la jornada, y en perjuicio del criterio experimentado de la clase, que proclama la imperiosa necesidad de su reducción por consideraciones de un orden superior.

# Congreso de la Confederación Obrera Regional Argentina

## 27, 28 y 29 de Junio en Buenos Aires

En el salón de la calle Méjico 2070, se celebrará en los días 27, 28 y 29 del corriente mes, el congreso de la Confederación y de concentración obrera.

La sesión inaugural tendrá lugar el sábado 27, a las 8 de la noche, y continuará los dos días subsiguientes, celebrándose tres sesiones diarias.

La orden del día la constituyen los siguientes puntos.

**1º. Apertura del Congreso.**
**2º. Revisación de poderes.**
**3º. Nombramiento de la mesa.**
**4º. Informe de secretaría.**
**5º. Informe de tesorería.**
**6º. Concentración Obrera.**
**7º. Discusión de las proposiciones.**
**8º. Nombramiento del Cons. Confederal.**
**9º. Clausura del Congreso.**

Los sindicatos que aun no han designado sus respectivos delegados, quedan invitados a que los designen en los días que faltan, extendiendo a cada uno la correspondiente credencial.

CONSEJO CONFEDERAL.

# VIDA OBRERA

## El paro de las Canteras del Tandil.—El juicio de los carneros

Era imposible que los pobres diablos que redactan el organito de la fantástica sociedad de picapedreros del... carneraje de Tandil, hubieran estado sin meter la pata en la cuestión de la paralización de las canteras, producida por una verdadera maniobra patronal.

Ese organito, encomendado, según su propio lema, a los «preceptos divinos» que imponen, según él, a «todos como el primer deber» el carneraje, se descuelga en su prosa de padre y señor nuestro, anárquica-carneril-política (de todo hay en la viña...) con un sesudo juicio que promete explayar en números sucesivos, sobre el «tópico de tan trascendental importancia» de la «crisis canteril actual». Y muy sesudamente (pues no se concibe otras cosas de estas cabezas aspudas) dice que «la crisis creada por la malhaya (¡textual!) S. U. O. de las Canteras ha dado de sí, lo que forzosa... (aquí no sabemos si le ha quedado en el meollo la continuación) hubo de dar ya tiempo». Cómo? se dirá. Precisamente, el tremendo escritor carneril, don Canalejas..., que como se sabe tiene «conocimientos sociológicos» según la opinión de un ilustrado anarquista bonaerense que tuvo oportunidad de pasearse con él por las sierras tandileras, lo descubre con gran éxito... en la «marcha impositora» de la Unión Obrera « hácia los dueños de las canteras ». Los pobres dueños de canteras, dice el organito de la fantástica sociedad de picapedreros del carneraje de Tandil, «vivían continuamente bajo la amenaza diaria de la huelga». ¡Y es claro! ¿Cómo iban a permitir ellos, los patrones, «la imposición y el lucro ambicionado por los eternos parásitos» (continúa Canalejas en el organito en cuestión) sin provocar un cierre de las canteras, para librar a los obreros que han vivido bajo la amenaza y el terror impuesto por los dirigentes de la U. O.»?

Los patrones debían ser humanos, muy humanos, y forzosamente debían redimir a sus obreros de la imposición de aquellos que por formar parte de la dirección de la organización, representaban un peligro a sus intereses capitalistas. Y ¡qué diablos! Canalejas que no «desecha la huelga» (¡qué esperanza, como que le sirve a él para traicionarla!) encuentra, como es muy natural (¡no faltaba más que se pusiera en contra de sus amos, los cuales lo mantienen con tal que él le lama las pezuñas!) justa y razonable la medida patronal.

¿Qué puede decir sino estas cosas — me pregunto yo — un hombre cuyos «conocimientos sociológicos» son tan evidentes. Y si no que lo diga el anarquista o anarquistas bonaerenses, que lo han tratado íntimamente y han recibido sus donaciones para su diario, a la vez que se han visto reproducir sus artículos o han colaborado en las columnas del mismo organito donde se dicen tantas profundidades sociológicas? ¿Qué puede decir, quien nos delató y se ofrecía de colaborador de la policía, para denunciarnos como terribles dinamiteros, pidiendo a ministros, jefes de policías y desde las columnas de la prensa, nuestra expulsión? ¿Qué puede decir, quien como este sujeto, nos ha traicionado en dos huelgas?

Si no dejera todo eso, realmente no sabemos qué podría hacer en este mundo. Y hace bien. Nosotros le proponemos que continúe explayándose sobre «tópicos tan trascendentales ». Pues así como encontró defensores a sus traiciones y delaciones, encontrará quien lo secunde en esta campaña, y verá aumentar, a su alrededor, el número de sus admiradores bonaerenses, que juzgarán con mucha ilustración (¡sobre todo esto!) sus «conocimientos económicos».

Lo único que pedimos, a quienes lo admiran y veneran, que no se disgusten si le decimos lo que son, como lo que le hemos dicho sobre lo que han hecho. No, no se disgusten, señores, porque no nos molestarán, si así pretenden hacerlo con sus diatribas y obras loyolescas.

Nuestra crítica, irónica o violenta, ha de ser dirigida contra todos los que subvierten los principios de la organización sindical; contra los judas de la causa obrera, y los defensores de judas, disfrazados con vestidos rojos, de los cuales tanto abundan entre los sectarios bonaerenses que después de haber apoyado y defendido a nuestros traidores, los peores traidores de la causa proletaria ;después de haberlos alentado, pretenden que nuestra crítica fundada en hechos, que jamás refutaron ni refutarán, ha sido inspirada por la mala fe y la calumnia.

Y al reproducir ligeramente algunas partes del artículo del principal lanudo del Tandil, impresas en el órgano de los lanudos, es para demostrar a quienes todavía no están convencidos, del espíritu y el alma carneril de quien nos ha traicionado repetidas veces, nos ha delatado a la policía y ofrecido a ésta su concurso para descubrirnos como «dinamiteros y peligrosos», y que luego ha recibido la colaboración y ayuda de personas y organizaciones muy... revolucionarias, contra las cuales hemos surgido, sin que se nos pueda desmentir « con pruebas » (paradas) que dicen tener, las cuales siempre ofrecen pero que jamás darán.

Contra los defensores de estos krumiros miserables, contra todos los lacayos de capitalistas y policías, hemos surgido y surgiremos siempre, ora con la ironía, ora con la violencia de nuestro lenguaje que sabe de sinceridad obrera y revolucionaria.

SINDICALISTA DEL TANDIL.

### Huelga de obreros panaderos. Persecuciones policiales.

La huelga de obreros panaderos, decretada el domingo 7 del corriente, reclamando el descanso dominical, la limitación a 70 kilos de la harina por cada obrero, y el diario de dos pesos para la comida y más un kilo de pan, sigue en pie, no obstante no haber alcanzado la magnitud y extensión que era de esperar.

Esta lucha, realmente simpática, en cuanto tendía en parte a neutralizar los efectos de la desocupación en el gremio, por una disminución en la tarea de cada obrero, a más de estatuir definitivamente el descanso dominical (que representaría igualmente una disminución en la producción) y aumentos en los salarios, no ha llamado la atención, desgraciadamente, de muchos trabajadores del gremio, que han permanecido impasibles ante los esfuerzos de los organizadores del movimiento.

Esa actitud, condenable por todos los obreros conscientes, revela, sin embargo, un estado peculiar en el gremio, y es el de la completa desorganización en que está sumido.

No cabe duda que si entre los panadertos hubiera habido una más fuerte organización que vinculara a los obreros por vigorosos sentimientos de clase, la huelga decretada con tan nobles propósitos, habría alcanzado proyecciones mucho más vastas que permitirían suponer una pronta y ruidosa victoria. No obstante, es oportuno consignar que el número de obreros que respondieron a la declaración de la huelga ha sido grandioso, lo que revela un profundo malestar en el gremio, y su gran anhelo de mejoramiento.

Estos huelguistas, que al principio pudieron celebrar numerosísimas reuniones, se han visto en los últimos días, privados de ellas, debido a un abusivo proceder de la policía que se ha encaprichado en no permitirles reuniones, con el pretexto de algunos actos de sabotaje.

Reuniones han habido que la policía ha disuelto a su antojo. Y como prueba de los designios caprichosos de estos guardadores del... bolsillo capitalista, se puede citar la detención de varios panaderos que se apersonaron el lunes de esta semana a solicitar permiso para una asamblea. ¡Estas son prohibidas y los que se atreven a solicitar permiso para celebrarlas, son detenidos en investigaciones! Ni siquiera el derecho de peticionar, de acuerdo con las propias determinaciones de las leyes del país. ¡Esto es el colmo!

### Ejemplos de acción directa

En el taller de herrería del burgués Pascual Cammarota, situado en la calle San Juan 1931, los obreros eran acreedores del patrón por salarios no cobrados, correspondientes a varias quincenas.

Cansados de ser por tanto tiempo acreedores de quien no necesitaba, los obreros en cuestión, de acuerdo con los tiempos que corremos, decidieron restringir el crédito. En estas épocas, se corre un gran riesgo extender el crédito, y máxime cuando esto es en forma de salarios no pagados.

Y bien; para cortar por lo sano, y visto que el señor mencionado, parecía no entender dar alguna contestación, los obreros recurrieron al único juez de la demanda: la huelga.. Y este expediente, rápido y decisivo, como que no tuvieron en él intervención alguna, ni procuradores ni abogados, fué de un efecto tal que el patrón, viendo la firme voluntad de sus obreros en tener paralizado completamente el taller hasta tanto no diera completa satisfacción, se vió obligado inmediatamente

a abonar a sus obreros, todo lo que por concepto de salarios, correspondientes a varias quincenas, les adeudaba. Y la restricción de los créditos, o mejor dicho la demanda por cobro de los salarios, se llevó a cabo triunfalmente, no porque los obreros fueran banqueros o jueces y procuradores, sino simplemente huelguistas; es decir, obreros envueltos por su acción directa con el capitalista.

¡Tomen nota los obreros que por cosa semejantes recurren al juez, para luego no sacar nada!

### GRÁFICOS

Se realizó el pasado domingo la asamblea general extraordinaria, convocada para considerar la caducación del convenio existente entre la F. G. B. y la sección A. G. de la U. I. A.

La comisión especial, que designara la general administrativa para asesorar a la asamblea sobre el asunto, se manifestó en disidencia sobre algunas cuestiones.

La mayoría se expresó en un largo informe que fué acogido con cierta frialdad.

En el aconseja, entre otras cosas, la petición al patronato de la «semana inglesa», de cuarenta y ocho horas de trabajo.

La asamblea aprobó por enorme mayoría la necesidad del convenio a caducar, la exigencia de un reconocimiento amplio del sindicato por la unión patronal, y un aumento general de diez por ciento en los salarios, puntos sobre los cuales no se había manifestado en disidencia.

En el asunto de la Semana inglesa, se extendió, en un largo debate, sobre si ella será de 44 o 48 horas. En sentido favorable a la primera, expidióse la minoría de la comisión, siendo ella empeñosamente defendida por varios saociados, con argumentos serios y dignos de ser tenidos en cuenta.

Muy avanzada la hora, se pasó a un cuarto intermedio, para una fecha próxima.

La concurrencia a la asamblea fué muy escasa: no mayor de 120 asociados. Si se tiene en cuenta que la F. G. B. registra 1200 miembros, y que la totalidad del gremio la forman, más de 8000 obreros, esta proporción de asistentes deberá parecer irrisoria, tratándose de un asunto de índole muy seria y que se supone preocupa la atención de todos, indistintamente.

## ROSARIO

### Huelga en una fábrica de carruajes

Por razones de «economía» (!) el patrón de la fábrica de carruajes de la calle Córdoba y Balcarce, intentó rebajar a sus obreros un cuarenta por ciento en los salarios. Esa economía, que representa una mayor expoliación de los salarios, pues así la entendieron con justicia los trabajadores, determinó inmediatamente la huelga, la que tiene por objeto defender las condiciones anteriores.

Los obreros del gremio están avisados, para que no vayan a ese taller de carruajes deel Rosario.

### Síntomas de Progreso.

Siempre hemos creído que la oposición de «ciertos» anarquistas a la fusión obrera ha sido inspirada por mezquindades y hecha en defensa de intereses que están muy lejos de ser obreros o de la anarquía.

Esa campaña — cuyos efectos dolorosos todos palpamos — ha respondido — lo repetimos una vez más — a un plan policial, y su materialización ha sido posible en primera línea por la ausencia de una conciencia de clase entre los trabajadores y la poca o nula ilustración y la absoluta timidez de los obreros anarquistas que, en esa emergencia, más bien que independencia han demostrado hallarse poseídos de un fuerte espíritu servil y rebañesco al ejecutar servilmente las indicaciones de gente no obrera.

Estos obreros ilusos y sugestionados han obrado con todas sus energías, con la perseverancia de los tozudos en obstaculizar la unión que los obreros sindicalistas siempre han propiciado y defendido. Este empeño criminal lo sostuvieron con argumentos que a su vez constituían un asesinato alevoso del buen sentido y de los principios elementales de la lógica.

Se ha sostenido que las organizaciones sindicales debían adoptar el comunismo anárquico, con el exclusivo propósito de impedir la fusión. En estos hechos no hubo ni pudo haber sinceridad, porque esos mismos que intentaron imponer su dogma del comunismo anarquista se enfermaban al oír hablar de colectivismo. Se apeló al comunismo por defender una obra indefendible, como se apeló al anarquismo para la ejecución del plan policial más antianárquico como ha sido la división obrera.

El anarquismo ha tenido entre nosotros la desgracia de ser utilizado para fines mezquinos, así como la moral y el patriotismo sirven a los políticos para ejecutar sus traiciones y bajezas.

La dura realidad parece que ha venido a despertar a los obreros anarquitas y a libertarlos de la sugestión que sobre ellos han venido ejerciendo los charlatanes y escribidores que dicen profesar el «ideal».

Varias de las organizaciones que hánse caracterizado por su falta de actividad sindical como por un marcado espíritu sectario — puesto que de sindicato no tenían más que el nombre — parecen resueltos a abandonar el estrecho sectarismo.

Hemos visto — con la consiguiente satisfacción y sorpresa — que varios de esos grupos — no otra cosa son esas organizaciones en la actualidad al convocar alguna asamblea llaman «a todos los obreros — palabras textuales — sin distinción de ideas, tácticas o creencias».

Y nosotros, que con tanta severidad y justicia hemos venido condenando los traspiés de los anarquistas, registramos complacidos esa pequeña muestra de buen sentido ya que tan raro ha sido en ellos en estos últimos años.

## No habléis de cuerda...

### Alrededor de un balance

Comprendo que lavar la cabeza al asno es perder el tiempo y el jabón, como hablar de gente venal es exponer el propio decoro, pero es preciso a veces desvirtuar a los cínicos y desfachatados individuos que olvidando su propia joroba se ocupan de la ejena.

Me refiero a un kilométrico artículo aparecido en el órgano de los carneros del Tandil, firmado por el «resucitado difunto» Ramón Aguirre. Digo resucitado porque desde abril del año próximo pasado, se eclipsó de la esfera de la sociedad de picapedreros de Buenos Aires para no rendir cuenta de los 1.170 pesos que desde el fondo social, mediante una habil maniobra, los hizo pasar al bolsillo propio.

Tal sujeto, aludiendo al grupo de la Reorganización, nos quiere hacer pasar por patrones, cuando nosotros, si es verdad que trabajamos a contrato, esto es debido a que fuimos perseguidos por ellos con el apoyo de los patrones, viéndonos entonces obligados a trabajar en estas condiciones, pero de tal modo que entre nosotros no hay explotados ni explotadores. Y trabajamos así porque de algún modo debemos trabajar para vivir, puesto que no sabemos apoderarnos de dinero de las organizaciones. Además, no traicionamos la causa, por cuya defensa se nos ha hecho una guerra feroz.

No somos patrones, pues si lo fuésemos, Dalle Ragione, Scali y demás compañías carneril estaría de nuestra parte; y la oratoria petulante gritona del tal Aguirre Ramón (que no hay que confundir con los Aguirres gentes) en vez de sernos adversa estaría en nuestra defensa.

El individuo ese no debe preocuparse de nuestra situación; eso lo hará el próximo congreso de picapedreros. Como tampoco es prudente para él ocuparse de los balances de la Unión Obrera de las Canteras, porque si ésta destinó alguna suma a algún compañero entonces, hoy patrón, lo hizo con plena honestidad de procedimiento después de tratarse debidamente el asunto en reuniones y acordándose así.

Y no hable de cuerda en casa del ahorcado.

Si este Aguirre recordase que en abril de 1913, para pasar un comunicado a los patrones de talleres de Buenos Aires, se levantó con 1.170 pesos del fondo social, y que apenas tuvo en su bolsillo esa cantidad desapareció sin rendir cuenta alguna ni explicar siquiera en que había empleado ese dineral, seguramente que ahora no se aparecería en el horizonte comercial paocuparse de la cuerda con que se ahorcó en el concepto de los honestos.

¿Porqué Ramón Aguirre, en vez de andar «alrededor de balance de la U. O.» no se ocupa de andar «alrededor del balance de 1913 de la U. G. de Picapedreros de Buenos Aires, dando explicaciones cómo y en que gastó por pasar una circular al patronato (25 patrones) 1.170 de la Nación Argentina?»

El tal individuo es demasiado conocido y los picapedreros conscientes lo tienen bastante experimentado.

Es verdad que la comisión que vino del Tandil prometió el apoyo moral y material los picapedreros de Buenos Aires, pero este apoyo en dinero no fué prestado porque el sindicato del Tandil supo como Aguirre se levantó con 1.170 pesos; como Priore y Ripio, se nombraron ellos en comisión y derrocharon en pocos días los últimos 1.400 pesos en subsidio, pagando a huelguistas que ni siquiera eran tales, sin hacer conocer quienes eran esos subsidiados; y por último el Tandil no mandó dinero porque ofreció trabajo para todos los desocupados que tuviesen ganas de trabajar, pero los de la capital y Aguirre y Cía. no querían eso sino el dinero...

Tomen nota los picapedreros de la obra traidora y estafadora de Aguirre, que aunque hoy no se puede hacer lo que sería necesario, para cuando llegue el momento hay que tenerlo presente.

En fin, y para terminar, digo que nosotros somos patrones de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, que no vendemos a nadie; y si perjuicios causamos, éste lo sienten sólo los contratistas, los cuales, defendidos y todo por la vieja sociedad, han rebajado el cordón a 2 pesos el metro, y este precio será rebajado más aún si no se organiza Sierras Chica, y por consiguiente volveremos a ganar el jornal que percibíamos hace 20 años, con la diferencia de que en aquel entonces con ese jornal se compraba pan y carne en abundancia, mientras que ahora no basta casi para pan.

**E. MUGNOS.**

## Virtualidad del sindicalismo

Contemplando serenamente el movimiento que realizan hoy los trabajadores organizados, y apreciando su desarrollo natural e inevitable—o para mejor expresarlo, histórico,—surge la persuasión de que él a medida que progresa requiere cada vez más como elemento virtual, imprescindible, un espíritu de unidad inquebrantable, en la orientación y en el hecho. A esta comprobación, sigue ulteriormente la certidumbre de que, sea cualquiera la filosofía o doctrina preponderante en el criterio de la masa, fenómeno hoy sensible, si bien enteramente eventual y transitorio—sólo ha de ser posible la realización del gran acto social transformador y revolucionario, que ha de cumplirse en el porvenir mediante la unidad efectiva, en el móvil y en la obra, de la clase, que debe ejecutarlo por la razón histórica, que es inmanente del régimen actual de clases.

Es el estado moral de la clase, que se supone como imprescindible en un estado especial de la historia, y que va hoy por hoy constituyendo una vigorosa idealidad, prácticamente revolucionaria, que se nutre ante todo en las consideraciones ofrecidas por la realidad de la lucha y superiormente, en la interpretación cada día más verdadera y justa de las necesidades actuales y futuras del movimiento revolucionario de clases, que desenvuelve el proletariado contemporáneo. Es una filosofía de la acción; es una manifestación de esa concepción de la lucha social que se ha dado en llamar el marxismo y que establece el criterio del proletariado en la persuasión que surge del análisis y síntesis del conflicto irresuelto y permanente que suscitan los intereses de clases, cuya compenetración en la mentalidad obrera, se traduce en la plenitud de su conciencia revolucionaria.

La unidad de la clase, debe, pues, aparecer a medida que avanzamos en el tiempo, y en la experiencia de la acción, como un hecho que el proletariado debe producir conscientemente, es decir, en la madurez de una mentalidad y de un sentimiento revolucionario, que, se halla aún en formación. Toda labor, de propaganda o de acción, de doctrina o de táctica, que no se invista en este móvil superior ha de ser de contradictorios frutos; y esta consecuencia fortuita aparecerá, con tanta mayor claridad, cuanto no se ajuste a la apreciación y reconocimiento de las situaciones que son efectivas en el movimiento obrero por la tradición doctrinaria disidente, las ideologías vetustas o primitivas que no responden a la interpretación que reclaman hoy los hechos económicos, y sobre todo, por un conjunto actuante en la sombra de múltiples y activos intereses creados que trabajan obstruyendo toda idealidad unionista.

Son todos estos factores externos; extraños a la naturaleza real del movimiento obrero que lo quebrantan y debilitan en razón directa de su mayor o menor preponderancia moral que ellos ejercen en la masa.

La falta de unidad moral, es el signo inequívoco de nuestra incapacidad en la acción anticapitalista. De aquí, pues, que la mentalidad obrera esclarecida, en la observación de los hechos, y la sentimentalidad de clase por ellos ilustrada, que es su resultante, deben concentrarse en el empeño de generalizar en el alma del proletariado esa certidumbre que sólo existe aún en poco numerosos cerebros. En las presentes circunstancias todo indica que se mantienen en el ambiente ideas muy adversas a la unidad deseada y la tarea no podría ser otra, en la presencia de tales probados obstáculos, que la de persistir con incansable energía en combatir las argumentaciones erróneas o sofísticas con las cuales se pretende la monstruosidad que los hechos constantemente se encargan de desdecir de que la actividad del movimiento revolucionario — hiperbolizada intencionadamente — reposa en la disparidad de las escuelas y doctrinas que lo han invadido en toda hora y que trabajan en su seno con evidente perjuicio para el organismo que les da la vida, a tal punto que han conducido a éste a la negación de su propia virtualidad.

El Sindicalismo, sistema que representa hoy una etapa superior de la mentalidad obrera, ha asumido con encomiable osadía la realización de esta magna obra, y, es a nuestro juicio, la única que entre todos las teorías revolucionarias o pseudo revolucionarias que prosperan a expensas de la unidad de la clase, podrá devolver al proletariado la conciencia absoluta e ilustrada de su propio valor histórico.

Los esfuerzos felices, si bien fragmentarios, que viene realizando universalmente en ese sentido indican a considerar como factible esa operación en el alma de la clase, de la que depende la aproximación efectiva de la fecha — que se considera inevitable sí, pero lejana — del gran acontecimiento.

El desarrollo moral y material del proletariado, impone, para su propia salvación presente, y la mayor prosperidad de su acción futura una idealidad práctica, algo aún como consciente apreciación de la tarea cuotidiana, que tienda sobre todo a darle su propio valor y a exaltarla, con el propósito superior de robustecer la disminuida fe en los procedimientos genuinos de la organización. Esto que a algunos podría parecer inocuo, tiene sin embargo singular importancia desde el punto de vista de una sensata expectativa revolucionaria, pues, tratando de dar la mayor eficencia a la obra detallista, se obtiene, naturalmente, el robustecimiento de la idealidad revolucionaria siempre que se conserve una invariable y fija mirada en la finalidad superior que persigue el proletariado, es decir, siempre que se sienta invadido por la luminosa percepción mental de que los actos e incidencias de la lucha diaria, son los elementos constructivos indispensables que entrarán y formarán el nuevo orden social que trabajamos.

Asentado fijamente en su idealidad fundamental; — la unidad de la clase, — que aparece cada vez más como la indispensable labor del proletariado, el sindicalismo, al par que realiza y favorece la revisión de los criterios inveterados y cristalizados que se resisten a innovarse o perfeccionarse en presencia de los nuevos hechos sociales, económicos, políticos y jurídicos,— que el desarrollo de la lucha de clases ha producido, y ante las muchas veces, crueles lecciones de la experiencia, persiste frente a todas las demás concepciones de la acción, de crear en la mente de los trabajadores la fecunda persuasión que lo ha engendrado como filosofía: de que las escisiones doctrinarias que retardan al infinito la obra progresista que podría realizar una clase obrera unificada son el fruto de errores monstruosos en la apreciación de la realidad social, o formas del pensamiento ya superadas.

A fomentar una confianza suprema en la virtualidad de su movimiento, tiende toda la filosofía del Sindicalismo — y decimos filosofía en el sentido restricto y práctico que la concibe como una operación mental que refleja lo más fielmente posible en el sujeto la naturaleza del mundo exterior. Toda la filiación mental de este método práctico de la acción obrera, se halla en el conocimiento del desarrollo y plenitud de la interpretación y actuación de la lucha de clases, sobre la cual radica la producción capitalista, de las instituciones emergentes del sistema económico, de las ideologías que de él se desprenden, y, lógicamente, de la existencia de un proletariado que le es inmanente, que va día a día operando en el sentido de constituir su propia superiorización y finalmente, la anulación de las clases.

He ahí porque la expresión más consciente y elevada de las necesidades históricas del proletariado, que no es más que el Sindicalismo, es de naturaleza fundamentalmente unionista. Y tiene que ser así, cuando no se concibe otro agente revolucionario dentro del actual sistema que el proletariado, el cual de acuerdo con los innegables principios del materialismo histórico, engendra y perfecciona gradualmente su mentalidad; es decir, su doctrina revolucionaria. Y qué puede ser ésta sino es la consciente posesión de su personalidad como clase; la autonomía de su acción histórica; el sentimiento superior e inconmovible de su propia virtualidad; la creación progresiva y cuotidiana de sus propias instituciones, de sus especiales procedimientos; y sobre todo, la formación creciente de que fuera de él, sin su gestión, sin su desarrollada actitud no es posible cambio alguno, fecundo para la expectativa revolucionaria, dentro de la sociedad capitalista.



## Comité de trabajadores de la tierra

### La circular de Sección Bombal

La sociedad de agricultores de Bombal fué la que se apartó hace tiempo de la F. A. A., es decir, unas de las primeras que se declararon autónomas.

Pero ello no ha significado que se hubiera retirado de la lucha. Por el contrario, ha tenido hombres capaces para mantenerse firmes, y hoy es ella quien invita a un paro general en defensa de la organización agraria.

Si bien la iniciativa, parte de buena fuente, no podrá hacerse efectiva en muchos seccionales por encontrarse desorganizados y desorientados, y teniendo en cuenta que es un movimiento de solidaridad y no de conquista de mejora, dificulta algo nuestra acción.

Además de estas consideraciones, se debe plantear el movimiento con una dirección experimentada y tener presente los diversos factores que pueden contribuir tanto en la determinación del triunfo como en la preparación del fracaso.

Pero por más escabroso que veamos el camino, debemos mantener con entusiasmo, el propósito que anima a los compañeros de Bombal, y procurar por los mejores medios, que si se llega a una huelga general de trabajadores de la tierra, no intervenga para nada la actual directiva de la F. A. A. que sólo ha quedado los restos de la que fué.

Aun mismo sería poner en práctica nuestra iniciativa; la del Comité pro-organización de los trabajadores de la tierra, el organizar una nueva federación, con bases claras y terminantes que especifiquen el rol del organismo como clase explotada, para así poder levantar de nuevo la organización, sin abogados ni doctores consejeros, que traerán las funestas acciones que vemos realizar por el pirata Netri.

Si debemos emprender la lucha, será no olvidando estas observaciones y otras que a cada momento se nos ofrecen y afrontar todas las consecuencias de una batalla, de una guerra, en la cual nosotros somos la vanguardia del ejército al que no debe faltar aliento para proseguir su marcha y llegado el caso, mantenerse firmes en la lucha, para que los trabajadores de la tierra, aprendan, al lado de los valerosos, lo que cuesta la conquista de un derecho o de una libertad, para poder, en fin, organizarnos sin temer las represiones de los de arriba, o poder repelerlas en el caso de que ellas se produjeran.

Para obtener mejoras y reformas, es preciso luchar y estar organizados, con conciencia, y mantener un espíritu de combate para toda lucha que se presente.

Por encima de todos los males y los prejuicios, los trabajadores de la tierra, deben levantar su organización y si es posible solidarizarse con la iniciativa de los compañeros de Bombal. ¡Adelante!

**M. RIGOTTI.**

## UNIDAD Y FUERZA

En el movimiento que realizan los trabajadores, tan lleno de incidencias diarias y de incontables episodios educativos, puede advertirse cuán efectivo es: que todo éxito, conquista o superación obtenida en la gran gran labor colectiva, va siempre aparejado a la mayor o menor homogeneidad de la intención y del esfuerzo. No parece sino que la historia de su ya larga y accidentada actuación no tuviera otro fin que el de iluminarlo con respecto a esta evidencia general, e insinuarle la necesidad cada vez más imperiosa de perfeccionar esa inteligencia unificadora. Pero, sobre todo, es concluyente en lo que concierne al éxito de sus actos. Estos aparecen siempre, no como resultado providencial de circunstancias inopinadas y favorables, sino en proporción invariada con la unidad de pensamiento o de acción desplegada en la emergencia.

Merced a tales felices comprobaciones, que permiten llegar a inducir las formas necesarias de la acción del proletariado, la unidad de la clase aparece a medida que avanzamos en el tiempo como un hecho fatal e inevitable, exigiendo la madurez de su mentalidad revolucionario o de su conciencia histórica. Toda propaganda o acción que no se invista en este propósito, aparece, en consecuencia, como contradictoria a la naturaleza esencialmente unionista del movimiento proletario.

Así también, aceptada la carencia de unidad moral que aqueja a la clase obrera, puede aseverarse que ella es ante todo el signo inequívoco de una incapacidad general para la acción de clase y, de inmediato, para una eficiente actuación anticapitalista. Se encargan de demostrárnoslo abundantemente el estancamiento sensible de esa acción y los contrastes frecuentes que nos afligen.

El proletariado, aun en su más rudimentaria mentalidad, ha tenido la intuición de esa verdad proclamada luego, con las reservas doctrinarias de cada escuela, por sus teóricos más esclarecidos. Pero desalojado ese sentimiento fecundo por el prevaleciente de las actividades fragmentarias, absorbentes y contradictorias, la preocupación mayor ha sido siempre la de unilateralizar las conciencias y dividir el alma de la clase, bajo el irrisorio sofisma de que propulsando la masa en distintas orientaciones, su acción resulta maravillosamente estimulada y acrecida.

Cuan deleznable es esta tesis, nos lo demuestran hoy los hechos locales, en los últimos años, sobre todo, en los cuales se ha vivido en la más álgida controversia determinando la situación en que nos debatimos,

La convicción triunfante en que nos hallamos, prospera lentamente en la mentalidad obrera, son hoy, por fortuna, unionistas, y tienden a presentar como odiosa toda tendencia que no sea la de uniformar los esfuerzos y encaminar la acción en un sentido unitario.

La acción futura del proletariado tiene, pues, su ruta, señalada por su propia historia y su propia intuición. De ella se desprende la enseñanza espléndida en resultados morales y materiales de que para influir crecientemente en la vida social moderna, le es indispensable hacer progresar el propósito fundamental que lo inspira en la mentalidad de la clase, y de que el éxito de esta obra de divulgación, depende la realización del objetivo primordial: hacer posible que el inmenso organismo, hoy sin unidad moral ni mental, en sus funciones, pueda realizarlas en un momento dado, con una precisa intención, tanto más eficaces y victoriosas cuanto más armónicas sea el eejrcicio de sus esfuerzos.

## CORRESPONDENCIAS

### CAPILLA DEL MONTE

#### Un patrón que no paga.—Abuso intolerables.—Alerta picapedreros.—

El señor José Guideminotti es uno de de esos capitalistas que por no haber sentido la acción obrera, se cree con derecho a hacer con los trabajadores lo que se le da la real gana, no pagándoles y haciéndoles víctimas de otros abusos.

El señor ocupaba varios picapedreros, a los cuales ha tenido el bárbaro coraje de detenerles los salarios hasta de 4 o 5 meses... y como si fuese poco eso ha hecho llegar su cinismo hasta el extremo de hacerles faltar el alimento sin el cual no se puede trabajar.

En vista de tantos abusos, nosotros resolvimos por buenas o malas mejorar de situación, y nos presentamos al referido sujeto pidiéndole el pago y que cesase en sus abusos. Nos dijo que esperásemos 10 días por no podernos pagar. Lo tuvimos plantádo hasta que nos pagó, y después tomamos de nuevo nuestras ocupaciones; y al poco tiempo, viendo que siempre cometía abusos, le reclamamos y el salió con el pretexto de que le habían suspendido el trabajo y por eso nos suspendía. Esto es falso por que él anda por todas partes buscando picapedreros, con el propósito de someterlo a iguales peripecias que a nosotros.

Dice que nosotros somos muy revolucionarios y muertos de hambre para trabajar con él. Lenguaje descarado y cínico que lo pinta de cuerpo entero a este prototipo de explotador.

Avisamos a todos los picapedreros de Sud América para que no se dejen engañar por este individuo, pues si le faltan obreros entonces tendrá que bajar su altenería despótica y aprenderá a respetar al obrero.